

“Conforme a la común costumbre de los escritores” Modelos historiográficos en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso



Martín Sozzi

UBA - Universidad Nacional de General Sarmiento

Resumen

Nuestro trabajo se propone rastrear los modelos en los que el Inca abrevó para la construcción de su obra mayor. Conocemos, a partir de las investigaciones de José Durand –fundamentalmente aquella en la que nos revela los nombres que poblaban la biblioteca del Inca–, algunos libros que pueden haberle resultado decisivos a la hora de adoptar un modo de escritura. A partir de esos datos y del cotejo de la obra del Inca con otras obras y autores que conocía (Plinio, la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara, la *Historia natural y moral de las Indias* del padre José de Acosta), indagaremos en una serie de tradiciones que sirvieron de modelo para la escritura de la historia del incario: la recurrencia a la autoridad de los antiguos y, vinculada a ella, la consideración de aspectos de la historia natural; la influencia de una concepción judeo-cristiana de la historia; la autoridad otorgada al “haber visto”, proveniente de la historiografía griega; la vigencia del modelo historiográfico renacentista.

Palabras clave

Discurso de la historia
Modelo historiográfico
Renacentista
Historia del incario

Abstract

Our paper intends to trace the models that the Inca used in building his main piece of work. We know from José Durand’s research –specifically the one in which he reveals the names that filled the Inca’s library– some books that could have been decisive when it comes to adopting a mode of writing. Taking this data as a starting point and comparing the Inca’s writing with that of other works and authors he knew (Pliny, the *Historia general de las Indias* by Francisco Lopez de Gómara, the *Historia natural y moral de las Indias* by José de Acosta) we will probe into a series of traditions that served as a model for the writing of History of the Incario: the constant turning to the authority of the ancients and, closely linked to it, the taking into consideration of some aspects of natural history; the influence of a Judeo-Christian conception of history; the authority granted to ‘having seen’, originating in Greek historiography; the validity of the Renascentist historiographic model.

Key words

Historical discourse
Renascentist historiographic
Model
Incario’s history

Resumo

Palavras-chave

Discurso da história
Modelo historiográfico de
Renascença
História dos Incas

Nosso estudo tem como objetivo investigar os modelos que têm maior peso na obra do Inca Garcilaso. Sabemos, a partir da pesquisa de José Durand, os nomes que povoaram a biblioteca do Inca Garcilaso, alguns livros que podem ter sido decisivos quando nosso autor adota um modelo de escrita. A partir destes dados e do análise da obra do Inca com outras obras e autores (Plínio, *Historia General de las Indias* de Francisco Lopez de Gomara, *Historia natural e moral de las Indias* del José de Acosta) a nossa proposta é examinar uma série de tradições que serviram como modelo para escrever a história dos Incas: o recurso à autoridade dos antigos e, ligado a isso, a consideração de aspectos da história natural; a influência da concepção judaico-cristã da história; a autoridade dada ao “ver” na historiografia grega; o modelo historiográfico da Renascença.

Demás de habérmelo dicho los indios, alcancé y vi por mis ojos mucha parte de aquella idolatría, sus fiestas y supersticiones, que aún en mis tiempos, hasta los doce o trece años de mi edad, no se habían acabado del todo. Yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra y, como lo he dicho, me crié en ella hasta los veinte años, y así vi muchas cosas de las que hacían los indios en aquella su gentilidad, las cuales contaré diciendo que las vi.

Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*

Verdad es que en su proceder no llevan suscesión de tiempo, si no es al principio, ni orden en los hechos que cuentan, porque van anteponiendo unos y posponiendo otros, ni nombran provincias sino muy pocas y salteadas. Solamente van diciendo las cosas mayores que vieron, como se ivan acordando dellas.

Inca Garcilas de la Vega, “Prólogo” a *La Florida del Inca*

Son muchos los críticos que se han dedicado a estudiar la obra del Inca Garcilaso de la Vega desde un punto de vista historiográfico. Sus concepciones de la historia, la importancia del conocimiento del lenguaje, sus modelos, sus antecedentes, su conocimiento de la tradición antigua y de la de sus contemporáneos fueron objeto de interés y generaron líneas diferentes de investigación que dieron como resultado respuestas diversas. Durante la década del 1950, José Durand (1988)¹ señala que, en cuanto narrador de sucesos históricos, el Inca se nos presenta en un cuádruple papel: el de hombre personalmente ligado a aquellos hechos, para quien la historia se vuelve autobiografía; el de cronista historiador que reúne noticias, las critica y ordena tal como lo hacían otros cronistas indianos; como admirable escritor, para quien la historia constituye un género literario en el cual importa la verdad a la par de la belleza y en el que la imitación de los modelos clásicos es habitual en la época y, por último, como historiador humanista, preocupado por el sentido profundo y revelador de los sucesos que relata.

A comienzos de los años setenta, Alberto Escobar presenta la fuerte vinculación entre lenguaje e historia en los *Comentarios reales* (1971). Para el crítico peruano, es el conocimiento de la lengua quechua el que permite al Inca el acceso a la verdad de la historia incaica. En la misma línea de indagación vinculada con la relación entre

1. Este libro reúne sus trabajos del período 1949-1962.

historia y lenguaje, Margarita Zamora, en dos trabajos de los años ochenta (1987; 1988), señala la influencia de la filología en la escritura de la historia durante el Renacimiento. Garcilaso desacredita las interpretaciones de los españoles respecto del incario a través del discurso filológico –fundamentalmente, a través de la influencia de Erasmo– y es esa reflexión metalingüística la que vuelve posible una nueva exégesis de la historia incaica. El comentario filológico en los *Comentarios reales* hay que comprenderlo como una estrategia narrativa para la subversión de las interpretaciones negativas de esa cultura.

En los mismos años ochenta, Enrique Pupo-Walker estudia los orígenes de la creación literaria en el seno de la historiografía de Indias (1982a; 1982b). Sostiene que es indudable que las crónicas de Indias responden, primordialmente, a una vocación histórica y a propósitos muy concretos, pero que, al mismo tiempo, amplios sectores de ese discurso fueron motivados por una voluntad de creación. Asimismo, plantea la necesidad de que las narraciones históricas del Inca Garcilaso sean consideradas como un extraordinario esfuerzo de intelección creativa y como un discurso que accede a niveles muy variados de la realidad histórica. Finalmente, José Antonio Mazzotti, a mediados de los años noventa, afirma que el conocimiento de los cantares quechuas modifica la forma en que el Inca escribe la historia del incario (1995; 1996). Mazzotti incorpora la noción de “texto mestizo” para sostener que la historiografía renacentista y la literatura occidental no constituyen la única fuente de influencia en la obra del Inca, sino que esos cantares se incorporan a la superficie del texto y que pueden ser detectados a partir de una sintaxis, de un ritmo y de una puntuación que escapa al modelo occidental.

Nuestra indagación irá en otra línea. Nos interesa explicar la estructura narrativa de la obra del Inca, fundamentalmente la de los *Comentarios reales*, en relación con la organización de otras historias cercanas temporalmente y de las concepciones historiográficas e ideológicas del período.

Comencemos, entonces, por plantear algunas de las preguntas, conflictos y dificultades que, implícita o explícitamente, debieron considerar los cronistas de Indias en el momento de enfrentarse con la necesidad de escribir. Parto de la base de que realizaron un esfuerzo de reflexión e intelección respecto de la escritura, punto de partida en el que sigo al crítico alemán Karl Kohut, quien señala que “la escritura de la historia presupone una conciencia teórica –posiblemente solo latente– y la produce al mismo tiempo. En otras palabras, esta es, a la vez, la base que precede a la escritura de la historia y su consecuencia” (2007). A partir de lo dicho, creo que es posible atribuir a los cronistas una serie de preguntas que probablemente se hayan hecho frente a la página en blanco: ¿cómo narrar la historia del Nuevo Mundo y el asombro generado por el descubrimiento de los grandes imperios?, ¿cómo comenzar esos relatos?, ¿qué criterios de organización textual asignar a esas narraciones?, ¿qué elementos historiar?, ¿cómo relacionar esa escritura con las artes retóricas de la época, con los filósofos de la Antigüedad, con las Sagradas Escrituras, con los Padres de la Iglesia?

Como dijimos anteriormente, el centro de nuestras preocupaciones en relación con las cuestiones planteadas lo constituye la obra del Inca Garcilaso de la Vega. Específicamente, su obra principal, los *Comentarios reales*, y, más específicamente aún, el modo que elige para comenzar con la narración del incario: su ingreso a ese universo narrativo complejo.

Según Kohut, la mayor parte de los cronistas de los inicios del siglo XVI no conocía las teorías historiográficas humanistas. Una de las pocas excepciones es la figura de Francisco López de Gómara. En el momento de la producción del Inca, nos encontramos en una etapa histórica diferente, en la que esas teorías del humanismo ya se habían difundido y habían arribado a la península ibérica. Además, en un período

próximo al 1600, se produjo un fuerte incremento en la producción y el coleccionismo de libros, razón por la cual se propagaron obras de la antigüedad y las centurias previas (Gómez Moreno, 1994). El catálogo de la biblioteca garcilasiana, al que haremos referencia, es una prueba de lo que venimos diciendo.

Pero vayamos al texto que será objeto de nuestras indagaciones. En el capítulo I del Libro Primero de los *Comentarios reales*, sostiene el Inca:

Habiendo de tratar del Nuevo Mundo o de la mejor y más principal parte suya que son los reinos y provincias del Imperio llamado Perú, de cuyas antiguallas y origen de sus Reyes pretendemos escribir, parece que fuera justo, *conforme a la común costumbre de los escritores* tratar aquí al principio si el mundo es uno solo o si hay muchos mundos; si es llano o redondo y si también lo es el cielo redondo o llano; si es habitable toda la tierra o no más de las zonas templadas; si hay paso de una templada a la otra; si hay antípodas y cuáles son de cuáles, y otras cosas semejantes que los antiguos filósofos muy larga y curiosamente trataron y los modernos no dejan de platicar y escribir, siguiendo cada cual opinión que más le agrada (1985: 5, destacado nuestro).²

La pregunta que guiará en buena medida nuestro trabajo está relacionada con quiénes serían, con qué forma de escribir la historia estarían vinculados, esos escritores a los que el Inca está considerando en este fragmento. O, planteado de otro modo: en qué tradición o tradiciones se está inscribiendo el Inca Garcilaso de la Vega en el momento de pensar la forma que adoptará su historia, cuáles son los modelos que están operando en él cuando debe escribir sus historias.

En su trabajo sobre la biblioteca del Inca, Durand ofrece un listado de ciento ochenta y ocho ejemplares de distintas características en los que se presentan las diferentes preocupaciones y gustos de nuestro autor (1948).³ El estudioso peruano realiza con ellos una primera clasificación, los incluye en cuatro grandes categorías: históricas, clásicos de la Antigüedad y del Renacimiento, obras religiosas y morales y, por último, obras científicas. Focalizaremos en las obras históricas dado que partimos de la hipótesis de que han servido de modelo a la escritura del Inca.⁴

Nos interesa cotejar, para comenzar, el modo en el que los *Comentarios reales* se asemejan en algunos aspectos, que a continuación detallaremos, a la obra de otro historiador de las Indias, la del cronista español Francisco López de Gómara. En su *Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés*, que vio la luz en Zaragoza en 1552, Gómara inicia su relato a través de una serie de capítulos que llevan los títulos siguientes: “I. El mundo es uno y no muchos, como algunos filósofos pensaron”, “II. Que el mundo es redondo y no llano”, “III. Que no solamente el mundo es habitable mas que también es habitado”, “IV. Que hay antípodas y por que se dicen así”, “V. Dónde, quien y cuales son antípodas”, “VI. Que hay paso de nosotros a los antípodas, contra la común opinión de los filósofos”, “VII. El sitio de la tierra”, hasta llegar al capítulo XIII, denominado “El descubrimiento primero de las Indias”. Observamos que, a diferencia de lo que sucede con otros cronistas que relatan mucho más el día a día de la conquista y que aparecen guiados por una concepción contingente de la verdad histórica,⁵ el descubrimiento de las Indias aparece inscripto en un escenario más amplio: se instala el Nuevo Mundo, y el proceso de su descubrimiento, en una cosmovisión mayor relacionada con concepciones propias del momento histórico.

Algo similar en este sentido sucede en los *Comentarios reales*, aunque de modo mucho más escueto. El Inca no hace un desarrollo tan exhaustivo de estos pasos previos antes de su ingreso al tema específico como el que lleva a cabo Gómara, ya que en el capítulo IV de su obra arriba a “La deducción del nombre Perú”. Pero en los tres

2. Todas las citas pertenecen a esta edición y en adelante se consigna el número de página.

3. El crítico peruano aclara que es muy probable que la biblioteca del Inca en Córdoba haya sufrido modificaciones con respecto a la que tuvo en Montilla antes de 1591: seguramente creció y, también muy probablemente, algunos volúmenes con los que contaba en esta ya no estuvieran en la de Córdoba.

4. Entre las principales obras históricas mencionadas por Durán en su listado, encontramos las siguientes: San Isidoro de Sevilla, *Historia de regibus Gothorum*; Quinto Curcio, *Vida de Alejandro*; Julio César, *Comentarios*; Suetonio, *Vida de los doce cesáres*; Juan de Castellanos, *Elegías de barones ilustres de Indias* (primera parte); Pero Mexía, *Historia imperial y cesárea, en la cual se contienen las vidas y hechos de todos lo cesáres desde Julio César hasta el emperador Maximiliano*; Ystoria de Heliodoro (anónima); Diego Fernández, *Crónica del Perú*; Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*; Francisco López de Gómara, *Ystoria de las Indias*; Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú*; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Ystoria de las Indias*; Guicciardini, *La istoria de Italia*; Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*; Polibio, *Historia de Roma*.

5. El caso de Bernal Díaz es muy claro en este sentido. Su primer capítulo, “En qué tiempo salí de Castilla y lo que me acaeció”, pone de manifiesto que su relato comienza en el momento en que la expedición se inicia: al subir a los barcos. Este acceso directo a la información es el que le permite ofrecer una “historia verdadera” a diferencia de lo que sucede, por ejemplo (y por ello es cuestionado por Bernal), con Francisco López de Gómara, narrador lejano de los acontecimientos.

primeros capítulos del Libro I, hace una operación similar a la efectuada por Gómara:⁶ “I. Si hay muchos mundos. Trata de las cinco zonas”, “II. Si hay antípodas” y “III. Cómo se descubrió el Nuevo Mundo”. ¿A qué se debe este introito efectuado por ambos cronistas antes de entrar en materia?, ¿en qué tradición se están enrolando?, ¿cuáles son sus antecesores en este modo de comenzar a contar la historia, sea esta cual fuere? No estoy atribuyendo a Gómara una influencia directa en este modo de organizar la escritura que adopta el Inca Garcilaso. Sabemos que nuestro Inca conocía bien la *Historia general* de Gómara a partir del ejemplar hallado en Lima con anotaciones de su puño y letra y hay incluso quienes les atribuyen a esas glosas, en las que se amplían o corrigen muchas de las afirmaciones del cronista español, el germen de los propios *Comentarios reales* (ver Porras Barrenechea, 1948). Pero este conocimiento tan directo de la obra no explica el modo de narrar. Otros autores a los que también conocía Garcilaso y cuyos libros poblaban su biblioteca recurren a inicios similares: el padre José de Acosta, por ejemplo. Y muchos otros a los que también conocía y apreciaba comienzan su relato –por el contrario– en relación con un modo de narración que antes hemos llamado contingente. Como la crítica ha señalado suficientemente, en el Inca se hace evidente la fuerte influencia del modelo historiográfico renacentista, modelo en el que la organización retórica de la historia aspiraba a extraer el designio de una intención inicial que otorgaba sentido a todo el resto del relato. A diferencia del modelo contingente de verdad, entonces, en el que el día a día de los hechos tiñe el relato, en el modelo historiográfico renacentista existe una inserción dentro de un marco mayor en el que el relato particular –el del Incario en nuestro caso, el de la historia de Indias en Gómara o José de Acosta– se encuadra y cobra sentido (González Echevarría, 1984).

Por un lado, esta concepción de la narración histórica se encuentra imbuida de una cosmovisión cristiana. Para la tradición judeo-cristiana, la vida de los pueblos se presenta como el desenvolvimiento de un plan divino. La Divinidad se manifiesta, interviene, en el fluir del tiempo histórico. “El plan divino –afirma Rafael Arrillaga Torrens– comienza en el tiempo con un acto de creación y avanza inexorablemente hacia su fin, en un Juicio Final. La historia del mundo es la epifanía de este drama escatológico” (1982: 19). Pero ese fin supera en calidad al mundo de los orígenes, con lo que se manifiesta también una idea de progreso. La idea clásica de un tiempo cíclico deja paso en el Medioevo a un tiempo lineal en el que se espera la llegada de un tiempo pleno, superador: el del Juicio Final, que no se cumplirá en este mundo, razón por la cual también existe una idea finita del tiempo histórico: lineal y finita. El tiempo cíclico de la historiografía clásica, entonces, contrapuesto al tiempo lineal y progresivo de la historiografía cristiano-medieval, con un origen y un final. En este modelo, continuado por la historiografía renacentista, para narrar una historia particular como la del Perú, es necesario realizarse preguntas fundamentales, preguntas por los orígenes y presentar una serie de concepciones y debates en torno a ideas cosmogónicas vigentes en la época o en torno a las cuales todavía se establecían discusiones.

Consideremos ahora al padre José de Acosta, a quien hemos mencionado antes, ya que nos brindará una serie de claves para comprender –desde otro aspecto– lo que nos estamos proponiendo: el comienzo de los *Comentarios reales*. La obra de Acosta, también conocida por el Inca, es la *Historia natural y moral de las Indias*.⁷ Desde su título, podemos apreciar la consideración de dos órdenes, de dos mundos diferentes: el mundo natural y el mundo moral. Al igual que Gómara, pero de un modo mucho más desarrollado, Acosta aborda –en el libro I de su obra– tres grandes temas: el cosmológico-geográfico (redondez del cielo, su extensión y movimiento, la cuestión de las antípodas), el geográfico-histórico (el tema del conocimiento de la existencia de América por la geografía antigua) y el tema antropológico (la incógnita del origen del hombre en el Nuevo Mundo) (O’Gorman, 1989).

6. En relación con esta cuestión, Alfonso Mendiola Mejía señala: “Si en el siglo XVI se hubiera contado un suceso respetando su singularidad, es decir, su irrepitibilidad, este relato hubiera sido rechazado por los receptores, o mejor dicho, sería un discurso carente de sentido para la época. Pero si ese mismo hecho singular se describe en sus rasgos universales, esto es, sometiéndolo a la forma y contenido de otros relatos que tienen la función de autoridad, entonces motivará su aceptación”. Y agrega: “La pretensión de singularidad sería solamente ruido para el siglo XVI; esto es, no sería comprensible para los lectores de ese momento. (...) Los lugares comunes sirven para motivar la aceptación de la oferta de comunicación...” (2003: 332-333).

7. José de Acosta [(1590) (1987)]. *Historia natural y moral de las Indias*. Ed. de José Alcina Franch. Madrid: Historia 16. Todas las citas corresponden a esta edición, en adelante solo se consigna el número de página.

En su *Proemio al lector*, Acosta plantea dos carencias de los cronistas que ha leído respecto de los modos de narrar la historia del Nuevo Mundo: la extrañeza que les provoca la naturaleza de las Indias y el tratamiento que efectúan de la historia de los antiguos indios que las poblaban. Aclara el propio cronista:

A la verdad ambas cosas tienen dificultad no pequeña. La primera –la que nos interesa en esta ocasión–, por ser cosas de naturaleza que salen de la filosofía antiguamente recibida y platicada, como es ser la región que llaman Tórrida, muy húmeda, y en partes muy templada, llover en ella cuando el sol anda más cerca y otras cosas semejantes (57).

Para O’Gorman, los temas cosmológicos abordados por Acosta al comienzo de su libro “tienen su propia historia y vicisitudes, porque todos ellos fueron motivo, ya en conjunto, ya por separado, desde la más remota antigüedad hasta el renacimiento y albores de lo que se llama la edad moderna, de enconadas disputas y variadas opiniones” (1989: 137). En las concepciones cosmológicas que presenta Acosta puede percibirse un conocimiento marcado por esas discusiones: aparecen rastros de los filósofos de la antigüedad, como la teoría de los cuatro elementos simples de Empédocles, pero sobrevuelan en todo momento y de modo fundamental las concepciones aristotélicas. Pese a esta concepción dominante, resultaría imposible que Acosta no corrigiera e incluyera enmiendas en las ideas del mundo del Estagirita ya que la propia experiencia le demuestra que la denominada “Zona Tórrida” es habitable. Otro factor de autoridad lo constituyen, para el jesuita Acosta, las Sagradas Escrituras.

Pero más allá de este respeto por las autoridades, O’Gorman señala –y esto nos interesará especialmente pensando en la situación del Inca– que en la obra de Acosta se percibe una incipiente “libertad de pensamiento”. La consecuencia principal en este sentido es la de conceder un importante valor cognoscitivo a los datos percibidos y adquiridos a través de la observación y la experiencia personales. Vemos, entonces, que comienza a vislumbrarse una tendencia que en la modernidad adquirirá un peso decisivo en relación con el surgimiento del pensamiento científico moderno que sentará sus bases pocos años después, en 1637, con la publicación de *El discurso del método*. Pero vamos al propio Acosta, a lo que afirma en el capítulo IX del libro II cuando caen las autoridades y la experiencia empírica se hace presente:⁸

Diré lo que me pasó a mí cuando fui a las Indias. Como había leído lo que los filósofos y poetas encarecen de la Torridazona, estaba persuadido que cuando llegase a la Equinocial, no había de poder sufrir el calor terrible; fue tan al revés que al mismo tiempo que la pasé sentí tal frío, que algunas veces me salía al sol por abrigarme, y era en el tiempo que andaba el sol sobre las cabezas derechamente, que es en el signo de Aries, por marzo. Aquí yo confieso que me reí e hice donaire de los meteoros de Aristóteles y de su filosofía... (141).

Sin embargo, resulta bastante obvio aclarar que existen algunas concepciones filosófico-teológicas que, pese a este valor incipiente otorgado a ese tipo de experiencia empírica, pesan todavía en Acosta –como no podía ser de otra forma en un sacerdote de comienzos del siglo XVII–. Esas determinaciones que guían y regulan la observación están compuestas por las opiniones heredadas de la tradición y también, en buena medida, por las Sagradas Escrituras.⁹

Más allá de estas disquisiciones en torno al predominio de la experiencia o las autoridades, podemos ver que, en el caso de Acosta, aparece en estos comienzos un acercamiento a la historia natural. En relación con esta vertiente histórica, Walter Mignolo afirma:

8. Las palabras “empirismo” y “empírico” en los siglos XVI y XVII tenían dos sentidos fundamentales. Un sentido despectivo vinculado sobre todo a la medicina y que luego se extendió a otras actividades para indicar ignorancia o impostura. Otro sentido de “empírico”, que también data del siglo XVI y se extiende hasta nuestros días, tiene que ver con el sentido que vincula la palabra con la práctica científica, con la realización de experimentos. Tomo estas ideas de Raymond Williams (2000). En relación con esta cuestión, Jimena Nélida Rodríguez afirma: “Como opina Maravall, el “experimentar” dio lugar a una concepción del saber que ponía su confianza en la vista como órgano de adecuada relación con la práctica. Sin embargo, la experiencia no es todavía una observación sistemática y metódica sobre la base de un conocimiento comprobable, sino tan solo el conocimiento que resulta de la praxis cotidiana de los individuos” (2007).

9. Al respecto, Jill Krys sostiene: “... la pasión de los humanistas por el estilo y las formas entrañaba el peligro de desdeñar el saber factual. Adiestrarse en recopilar frases y lugares comunes de las obras leídas en clase era parte esencial del método de la imitación...” (1998: 111).

La historia natural, hasta el momento de Buffon, quien la orienta hacia la búsqueda de “sistemas”, se manifiesta en la acumulación de información, de tal suerte que la historia del caballo o del asno consistirá en lo que los antiguos pensaban, todo lo que se han imaginado de sus virtudes, carácter, coraje, los usos o empleos posibles, los cuentos que existen sobre ellos, los milagros a los que están ligados en ciertas religiones, etc. (1982: 80).

Y esto es precisamente lo que ocurre en Acosta de modo explícito y en Gómara de modo implícito: una consideración histórica, un rastreo de fuentes diversas que los lleva a realizar un recorrido temático e histórico. Podemos ver, entonces, que existe en esta concepción de algunos cronistas de Indias un doble cruce: una concepción cristiana de la historia relacionada con la búsqueda de un origen desde el cual las historias particulares cobrarán sentido, y un modo de retrotraerse hacia esos orígenes a partir de la indagación en la historia natural y a partir del diálogo con los antiguos y de su revalorización renacentista, sin olvidar, por supuesto, las opiniones de los Padres de la Iglesia y –en algunos casos– de los datos de los sentidos. Retornando a Gómara, podemos decir que en él no aparece esta mención a la experiencia y todo se resuelve –recordemos que no conoció las Indias–, como afirma el propio autor cuando recurre a Plinio, en “gran batalla de letrados” (15).

Resulta fundamental esta mención de Plinio por parte de Gómara. Para el cultivo de la historia natural, un europeo renacentista contaba con un modelo clásico insoslayable: Plinio el Viejo. Su *Historia naturalis*, elaborada en el siglo I d. C., era un verdadero monumento del saber clásico. Esos veintisiete libros que la conforman representaban para la inmensa mayoría de los humanistas uno de los modelos a seguir. En el Cuatrocientos italiano, en el período anterior a la consolidación escolar de los *studia humanitatis*, fue una de las obras clásicas estudiadas con mayor minuciosidad, tal como las nuevas técnicas de especialización lo reclamaban: el estudio de aquellas obras que presentaban una mayor dificultad (Rico, 1997).

También en Plinio aparecen preocupaciones de tipo cosmológico como las que ya señalamos en nuestros autores de fines del siglo XVI y comienzos del XVII, además de muchas otras: geográficas, de la flora y la fauna, humanas. Para señalar un ejemplo acorde con lo que venimos diciendo: el Libro II de la *Historia Natural* se inicia con un capítulo titulado “Si el mundo es finito y si es uno”. Poco después, y luego de recorrer temas de lo más variados respecto de la constitución de los planetas o del tratamiento de los eclipses entre muchos otros, llegamos al capítulo LXV: “De los Antípodas, si los hay, y de la redondez del agua”. Estos ejemplos remiten claramente a los capítulos de las historias de Indias que ya hemos mencionado. O, para decirlo en el orden correcto, las sucesivas historias de Indias a las que hicimos mención, remiten –en buena medida– a la obra de Plinio.

Consideremos nuevamente al Inca. Ya afirmamos que en el comienzo de los *Comentarios reales* dedica solo dos capítulos al tratamiento de cuestiones propias de la historia natural. Parece muy breve esta forma de inicio dado que, como ya hemos apreciado, en otros autores existe un desarrollo mayor. En el Inca se percibe un abordaje ambivalente de estas cuestiones propias de la historia o la filosofía natural. Por un lado plantea que “... fuera justo, conforme a la común costumbre de escritores, tratar aquí al principio si el mundo es uno solo o si hay muchos mundos...” (9) y otras cuestiones similares, y de ese modo justifica la inclusión de los capítulos iniciales. Pero poco después de presentar estas dudas, plantea:

Mas porque no es aqueste mi principal intento ni las fuerzas de un indio pueden presumir tanto, y también porque la experiencia, después que se descubrió lo que llaman Nuevo Mundo, nos ha desengañado de la mayor parte de estas dudas, pasaremos brevemente por ellas, por ir a otra parte, a cuyos términos finales temo no llegar (9).

En el Inca, al igual que sucede en Acosta o en Gómara, existe una imposibilidad de escapar de las fórmulas propias de la escritura de la historia. No puede obviar un comienzo que remita a las autoridades. Sin embargo, este comienzo es dubitativo. Y lo es porque puede percibirse este enfrentamiento entre autoridad y datos provenientes de la experiencia y también entre la existencia de modelos asentados en la tradición historiográfica y la búsqueda de un modelo pertinente para su objeto: el incario. En el Inca, el hecho de haber estado ahí, de haber sido testigo de vista, resulta fundamental para sus aspiraciones de narrador de esa realidad. En la discusión respecto de qué zonas del mundo son habitables, el Inca responde:

... yo nací en la tórrida zona, que es en el Cuzco, y me crié en ella hasta los veinte años, y he estado en la otra zona templada de la otra parte del Trópico de Capricornio, a la parte del sur (...), y, para venir a esta otra templada de la parte del norte, donde escribo esto, pasé por la tórrida zona y la atravesé toda y estuve tres días naturales debajo de la línea equinoccial, donde dicen que pasa perpendicularmente, que es en el cabo de Pasau, por todo lo cual digo que es habitable la tórrida zona también como las templadas. De las zonas frías quisiera poder decir por vista de ojos como de las otras tres. Remítome a los que saben de ellas más que yo (10).

Y aquí se manifiesta en el Inca una idea del acceso al conocimiento histórico que lo retrotrae a la Antigüedad, más específicamente a las obras de Heródoto y Tucídides. En su biblioteca se encontró un ejemplar de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, libro en el que se otorga a la vista una preeminencia por sobre cualquier otro tipo de conocimiento. Como afirma Jorge Lozano: “La historia, desde la historiografía griega, comienza a ser considerada como el relato de aquel que puede decir ‘he visto’ o, en su defecto, ‘he oído’ de personas fiables –porque han visto–” (1987: 24).

En esta inauguración de la escritura del incario por parte de Garcilaso, podemos ver el cruce de toda una serie de tradiciones: la recurrencia –casi inevitable– a la autoridad de los antiguos y, vinculada a ella, la consideración de aspectos de la historia natural; la influencia de una concepción judeo-cristiana de la historia; la autoridad otorgada al haber visto, proveniente de la historiografía griega; la adopción y consolidación del modelo historiográfico renacentista.

“La estructura narrativa será en buena medida una esquematización de la mentalidad del narrador y de los valores culturales que informan su pensamiento”, afirma Enrique Pupo-Walker (1982b: 23). Creemos que es posible aplicar estas ideas a la concepción de la historia que tiñe las primeras páginas de los *Comentarios reales*, páginas en las que se percibe una idea de la historia atravesada por diferentes concepciones provenientes de tradiciones diversas a las que el Inca adhiere “conforme a la común costumbre de los escritores”, pero que también adapta a su particular fin.

Bibliografía

- » Acosta, J. de (1987 [1590]). *Historia natural y moral de las Indias*, edición de J. Alcina Franch. Madrid, Historia 16.
- » Arrillaga Torrens, R. (1982). *Introducción a los problemas de la historia*. Madrid, Alianza.
- » Durand, J. (1948). “La biblioteca del Inca”. En *Nueva Revista de Filología Hispánica*, II, 238-264.
- » Durand, J. (1988). *El Inca Garcilaso de América*. Lima, Biblioteca Nacional del Perú.
- » Escobar, A. (1971). “Lenguaje e historia en los *Comentarios reales*”, en *Patio de Letras*. Caracas, Monte Ávila.
- » Garcilaso de la Vega, Inca (1985 [1609]). *Comentarios Reales de los Incas*, prólogo, edición y cronología de A. Miró Quesada. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- » Gómez Moreno, A. (1994). *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*. Madrid, Gredos.
- » González Echevarría, R. (1984). “Humanismo, retórica y las crónicas de la conquista”. En *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*. Caracas, Monte Ávila.
- » Kohut, K. (ed.) (2007). *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*. México, El Colegio de México.
- » Kraye, J. (1998). *Introducción al humanismo renacentista*. Madrid, Akal.
- » López de Gómara, F. (1989). *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, prólogo y cronología de J. Gurría Lacroix. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- » Lozano, J. (1987). *El discurso histórico*. Madrid, Alianza.
- » Mazzotti, J. A. (1995). “En virtud de la materia. Nuevas consideraciones sobre el subtexto andino de los *Comentarios reales*”. En *Revista Iberoamericana*, Vol. 61, nº 172-173, 385-421.
- » Mazzotti, J. A. (1996). *Coros mestizos del Inca Garcilaso. Resonancias andinas*. México, FCE.
- » Mendiola Mejía, A. (2003). *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*. México, Universidad Iberoamericana.
- » Mignolo, W. (1982). “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”. En Iñigo-Madrigal, L. (ed.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, tomo I *Época colonial*. Madrid, Cátedra.
- » O’Gorman, E. (1989). “La *Historia natural y moral de las Indias* del padre Joseph de Acosta”. En *Cuatro historiadores de Indias*. México, Alianza.
- » Porras Barrenechea, R. (1948). “Una joya bibliográfica peruana”. En *El Comercio*, Lima, 15-17 de septiembre.
- » Pupo-Walker, E. (1982a). *Historia, creación y profecía en los textos del inca Garcilaso de la Vega*. Madrid. México, Porrúa.

- » Pupo-Walker, E. (1982b). *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*. Madrid, Gredos.
- » Rico, F. (1997). *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*. Madrid, Alianza Universidad.
- » Rodríguez, J. N. (2007). "Reflexión historiográfica en la *Historia verdadera*: aventuras y desventuras de un narrador privilegiado". En Kohut, K. (ed.), *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*. México, El Colegio de México.
- » Williams, R. (2000). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y de la sociedad*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- » Zamora, M. (1987). "Filología humanista e historia indígena en los *Comentarios reales*". En *Revista Iberoamericana*, 53: 140, 547-558.
- » Zamora, M. (1988). *Language, authority and indigenous history in the Comentarios reales de los incas*. Cambridge, Cambridge University Press.